

antes, procuraré hablarte de lo más notable ocurrido en los demás días, y me haré un esfuerzo para no ser prolija y ver si puedo terminar mi narración.

Ya sabes cuánto te quiere tu amiga

ELVIRA.



alma una huella indeleble, que me recordará siempre el recto sendero del verdadero bien.

Estos sermones no los oí con aquel espíritu de prevención y de contrariedad

zón, enriquecido con ternezas indecibles en la temporada de Ejercicios, tendría lágrimas para humedecer el papel y suspiros para deleitarme en deliciosos re-



V

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

**E**SPERO que esta mi carta te llegará cuando te prepares para trasladarte á México á pasar la Semana Mayor. No quería escribirte, por no distraer tu atención con mis humildes escritos, en estos días que debes ocuparte de preferencia en los misterios Sagrados de la Pasión de Nuestro Redentor Jesús. Hasta dejé la pluma é hice á un lado el papel, con el fin de reanudar y terminar mi narración después de Semana Santa; pero algo que no me explico me impele á escribirte y me aconseja que, como trato de

antes, procuraré hablarte de lo más notable ocurrido en los demás días, y me haré un esfuerzo para no ser prolija y ver si puedo terminar mi narración.

Ejercicios espirituales y debo hablarte de los grandes misterios allí meditados relativos todos á la salvación del alma, nada obsta que te hable en días santos del último fin del hombre, del pecado, del pecador arrepentido, del tibio y poco prudente, de la muerte, del juicio y del infierno; pues todas estas verdades se relacionan con Jesús, Dios y Salvador del mundo.

Ciertamente, considerado Jesús como Dios, es el último fin del hombre; como Salvador, es el único que puede libertarnos del pecado; como Padre amantísimo, de Él sólo podemos esperar el perdón de nuestras faltas, y que nos vista con el blanco Vestido de la gracia, y que nos haga gran fiesta cuando volvamos arrepentidos á Él: como Médico divino, Él y nadie más puede curar las profundas heridas de que adolece nuestra alma; como Dueño de nuestra vida, Él es quien nos liberta de la muerte eterna; como Juez Supremo, al

zón, enriquecido con ternezas indecibles en la temporada de Ejercicios, tendría lágrimas para humedecer el papel y suspiros para deleitarme en deliciosos re-

residenciarnos, sólo su misericordia infinita hará que nuestra condenación se revoque y que se registre nuestro nombre en el libro de la vida eterna; y por último, como Rey de reyes y Señor de los que dominan, únicamente Él nos puede constituir en un instante moradores en el palacio de la eterna ventura.

Por lo mismo, déjame, dulce amiga, déjame desahogar, pues que mi pecho rebosa amor á Jesús y ojalá que los vítores y hosannas que conmovida le dirijo, hoy que ha entrado en triunfo dentro de mi corazón; ojalá que los afectos que encierra mi alma embalsamen siempre la habitación que le reservo á tan amable Dueño, y que no sea yo, como los veleidosos judios, que después de unas cuantas horas de haberlo proclamado Rey y de haber batido palmas en su honor, lo befan, lo escarnecen, lo insultan, é ingratos se olvidan de sus prodigalidades. . . . Ayúdame, Julia, ayú-

antes, procuraré hablarte de lo más notable ocurrido en los demás días, y me haré un esfuerzo para no ser prolija y ver si puedo terminar mi narración.

dame, tú que eres buena, ayúdame á perseverar en el amor á Jesús.

Estoy segura de que leerás mi carta el Domingo de Ramos; en tan gran día, diie, proclama conmigo á Jesús, junto con mis carísimas é inolvidables hermanas las ejercitantes:

Rey de los siglos,  
Dueño amoroso,  
Rey bondadoso,  
Dios de piedad.

¿Verdad que si pudieras me llamarías loca? Pero no es posible que padezca yo locura cuando mis ojos ven más claro, cuando mi razón se ilustra más y cuando mi corazón ama sin inquietudes.

¡Ojalá, mi dulce amiga, que alguna vez te encuentres arrobada, por decirlo así, en las complacencias de la verdad, que es la posesión del bien sumo que causa una satisfacción inmensa y un contentamiento sin igual!

Mas si diera rienda suelta á mi cora-

zón, enriquecido con ternezas indecibles en la temporada de Ejercicios, tendría lágrimas para humedecer el papel y suspiros para deleitarme en deliciosos recuerdos, pero carecería de palabras apropiadas para escribirte lo que no se explica nunca, aunque se siente con el alma henchida de gozo.

Calle, pues, mi corazón, y mi escasa inteligencia apure sus recursos para seguirte platicando generalidades de los Ejercicios, ya que no me es posible darte detalles minuciosos.

El segundo día fué el Ejercicio del pecado mortal. Las distribuciones fueron iguales á las del día anterior, y el poder de la gracia divina aumentó en mí.

Es necesario ser franca, y confieso que en medio del bullicio del mundo, el alma que no medita, que no ora, no se da cuenta de la fealdad del pecado mortal, ni hace cuanto puede por evitarlo. Mira, querida amiga, en las preciosas meditaciones de este día comprendí có-

por junto á mí, y me dijo al fin: «Voy á proporcionarle un libro que estoy seguro le hará mucho bien.» Pocos momentos después tenía en mis manos una obrita del Abate Bolo, titulada: «Los

mo el hombre sin oración rueda al abismo, y por qué incontables personas que no buscan á Dios, permanecen al borde del precipicio sin darse cuenta, mientras apuran la dorada copa del mentido placer. Gracias á Dios tú y yo, por educación cristiana, aunque superficialmente recibida, nos habremos escapado muchas veces de este monstruo de ignominia.

¡Ay, amada mía! la pobre Eva, en un paraíso de delicias, sintiendo la poderosa influencia de Dios, viéndole cara á cara, casi á cada instante, no hizo más que desviarse un poco del recto camino y escuchar la voz halagadora del espíritu infernal, y cayó, en un instante, de su encumbrado puesto hasta sentir el rubor más humillante. Eva pecó mortalmente en medio de un paraíso criado por todo un Dios. ¡Cuán expuestas estamos nosotras á pecar lo mismo en medio de ese paraíso de oropeles, criado y formado por los hombres!

así, en las complacencias de la verdad, que es la posesión del bien sumo que causa una satisfacción inmensa y un contentamiento sin igual!

Mas si diera rienda suelta á mi cora-

No quiero descender á particulares consideraciones, porque me haría interminable; pero el día de la meditación sobre el pecado mortal, recordé con verdadera tristeza los ardides que nos tienden los malos hombres, convertidos en árboles del fruto prohibido, donde se enrosca la serpiente astuta, para hablarnos, ya por medio de la representación teatral que cría el hombre depravado con el único fin de corrompernos; ya en la novela inmoral, compuesta con el mismo objeto, y en donde se alaba nuestra belleza física hasta el fastidio, ó bien con el periódico insulso, con el cual se busca á nuestro corazón para seducirlo.

¡Amiga! ¡dulce amiga mía! Ahora démonos cuenta del por qué de ese fastidio, de esa intranquilidad, de esa desesperación que se apodera de muchas hermanas nuestras. Es que en medio de los aplausos necios, frívolos y falsos de los hombres, ha vuelto á soplar una

por junto á mí, y me dijo al fin: «Voy á proporcionarle un libro que estoy seguro le hará mucho bien.» Pocos momentos después tenía en mis manos una obrita del Abate Bolo, titulada: «Los

y mil veces el emponzoñado aliento del espíritu del averno, y la pobre mujer, siempre débil, ha vuelto á ser presa de su astucia.

El Padre Director en esta noche nos habló de la pureza de nuestras almas durante nuestra niñez y nos fué patentizando con imágenes vivas, cómo desalojada el alma del ameno jardín de la inocencia, es tan fácil perderse entre los atractivos del mundo, en donde todo, sin Dios, es vanidad de vanidades y sólo vanidad.

En este día, á la hora de descanso, de cinco á seis de la tarde, volvimos á invadir los jardines. Casi todas las jóvenes leían algún libro, que les fué perdiendo de una en una el Padre Director, sin duda para informarse de si era ó no propia la lectura en que se ocupaban. Yo no leía, y no dejó de mortificarme algo que el Padre Director me viera desocupada, aunque en verdad no lo estaba, puesto que mi imaginación

así, en las complacencias de la verdad, que es la posesión del bien sumo que causa una satisfacción inmensa y un contentamiento sin igual!

Mas si diera rienda suelta á mi cora-

tones para robustecer mi última meditación del pecado mortal en ese día; y añadidos á la lectura de las «Verdades Eternas» en donde con una claridad

revolvía toda las impresiones recibidas en aquel saludable silencio.

La vida de Santa Juana de Chantal me había interesado más, y las meditaciones me hacían temer, pero sin dejar de amar; ¿me comprendes? Temía espantosamente al pecado mortal; pero pensaba en el amor dulcísimo de Jesús y me persuadía de que con sólo pronunciar su nombre adorable, el pecado no me haría su presa. Las lecciones espirituales, particularmente las «Verdades Eternas,» me produjeron temor y horror; temor á mis débiles fuerzas y horror á todos los inmensos males que causa en el alma el pecado mortal.

El Padre Director, que á esta hora se imponía de cuanto hubiera ocurrido en los aposentos, pasó una y tres veces por junto á mí, y me dijo al fin: «Voy á proporcionarle un libro que estoy seguro le hará mucho bien.» Pocos momentos después tenía en mis manos una obrita del Abate Bolo, titulada: «Los

y mil veces el emponzoñado aliento del espíritu del averno, y la pobre mujer, siempre débil, ha vuelto á ser presa de su astucia.

Decadentes del Cristianismo.» Parece que el Director había adivinado lo que yo necesitaba.

Ardua tarea y muy larga sería la de ponerme á escribir cuánto me deleité en este precioso libro, cuyo autor me era, hasta hoy, enteramente desconocido. Tú, que eres tan amante de la lectura y que posees tan recto criterio, vas á agradecerme mucho un ejemplar de esta preciosa obrita, que te envíó por correo, como prueba de cariño. No resistí al deseo de hacerme de ella para regalártela, y se la pedí al Padre Director, explicándole que la quería para regalársela á la mejor de mis amigas.

El primer día que tuyo en mis manos tal libro, me ocupé de hojearlo y de registrar su índice; y aunque me llamaron la atención poderosamente estos rubros: *Repugnancia, Promiscuidades, Los degradados, Respetos humanos, Los burlados, La ley del amor, Religión del buen tono, Religión de circunstancias y*

tunos para robustecer mi última meditación del pecado mortal en ese día; y añadidos á la lectura de las «Verdades Eternas» en donde con una claridad

otros, sin embargo, en ninguno fijé más mi atención que en éste: *Seduciones*, que casi me aprendí de memoria. Empieza así: «El mundo trabaja sin descanso por seducir á los que no ha podido doblegar por medio del terror.»

Y actualmente, muchos más cristianos se han dejado arrastrar miserablemente por los atractivos sensuales de la civilización pagana, que vencer por amenazas, de las que, por otra parte, hubieran podido escapar sin apostatar y sin gran trabajo. Hay más: si la molice de los bautizados decadentes ha llegado al grado de inconsciencia y abyección que los caracteriza, es porque los corazones relajados y versátiles han perdido en los *placeres* de una existencia *alegre*, ese nervio del valor y ese vigor de las almas grandes, como lo definía San León, que es la fe.

¿Qué puede esperar de esas almas la causa de Dios? ¿Qué no puede, por el contrario, esperar de ellas el mundo, el

y mil veces el emponzoñado aliento del espíritu del averno, y la pobre mujer, siempre débil, ha vuelto á ser presa de su astucia.

mal? Desde Judas, pasando por Lutero y por Voltaire, los peores enemigos del Cristianismo son los tráfugas de la Iglesia.

Me estremecí con tamañas verdades, y una nube de recuerdos turbó mi imaginación. El pecado de la *vida alegre* me presentó á muchas personas conocidas, que se llaman despreocupadas porque no observan la ley de Dios, y que se titulan espíritus fuertes porque no se doblegan ante los mandatos divinos; y sin embargo, son muy débiles ante el monstruo del mal y se constituyen el juguete de sus pasiones . . . . .

¡Julia, amiga mía, cuánta falta hacen á las mujeres las buenas lecturas! Ahora comprendo que si el tiempo que se malgasta en las novelas, generalmente tan dañosas, se empleara en la buena lectura, sería menor el número de los locos en el mundo.

Los conceptos del artículo *Seduciones*, de que te hablo, fueron muy oportunos para robustecer mi última medi-

tación del pecado mortal en ese día; y añadidos á la lectura de las «Verdades Eternas,» en donde con una claridad deslumbradora se pinta la espantosa condición del endurecido pecador, resultó para mí un precioso tesoro de importantísimas enseñanzas.

El Padre Director puso término con su sermón al segundo día. No te hablo de él, porque me haría interminable.

El tercer día acabó de arraigarme, por decirlo así, en aquella misteriosa casa, que ví la primera noche con cierto horror y que á los tres días me parecía la mansión de la Eterna Bienaventuranza.

Las meditaciones sobre la Parábola Evangélica del Hijo Pródigo, llevan el sello de la divinidad de su Autor. Parece que Jesucristo la inventó para que San Ignacio la mostrara con el esplendor de toda su ingente luz. ¡Ah! querida mía, ¡cuántos hijos pródigos hemos en el mundo! Y entre las personas

Las meditaciones, lo mismo que las lecturas de este día, fueron magníficas. Por lo general, causa miedo la contemplación de la certidumbre de la muerte; pero en ese día te aseguro que me sen-

de nuestro sexo se hacen aún más conocidos. La hermosura, el atractivo, el encanto que caracteriza á la mujer hermosa, es un tesoro que malgasta á veces, y ¡cuán tarde vuelve buscando el perdón de su amarelado Padre que le espera!.....

En estas meditaciones conocí cuán ingrata he sido yo con mi Dios. ¡Qué lista he estado, qué anhelante, para sentarme al piano cuando para ello he sido instada, y al herirlo con mis dedos, mi corazón palpitante espera el aplauso de los hombres, y más cuando al piano úno mi canto, que no ha faltado voz lisonjera que lo compare con el del querube....! Sin embargo, para cantar alabanzas á Dios, de quien es todo lo hermoso que en las criaturas hay, yo titubeaba, yo no quería bendecir con mi voz á quien me la ha prestado....!—¡Oye, Julia de mi alma, ¡por qué nos creemos tan fácilmente de las lisonjas de los hombres, que nos levantan por en-

tan dañosas, se empleara en la buena lectura, sería menor el número de los locos en el mundo.

Los conceptos del artículo *Seduciones*, de que te hablo, fueron muy oportu-

cima de las cosas divinas, en las que muchos no creen por malicia ó no saben apreciar por ignorancia?

Perdona esta ocurrencia y sígueme prestando tu atención.

El cuarto día fué consagrado á meditar en la fealdad del pecado venial.

Santa Juana, con la pureza de sus costumbres, con su ardiente amor á Dios y con los milagros que obró, aun siendo casada, y otros rasgos bellísimos de su ejemplar vida, me hizo reflexionar en el poco cuidado que tenemos de evitar esa especie de calentura intermitente que muchas veces se hace crónica y amenaza convertirse en perniciosa; en esa maligna enfermedad de que hacemos poco caso y que es la causa principal de tantas desavenencias en las familias, de enemistades encubiertas en la sociedad y de complacencias muy peligrosas con el sensualismo y la disipación. Sí, dulce amiga, es necesario convenir en que en la actualidad se discul-

Las meditaciones, lo mismo que las lecturas de este día, fueron magníficas. Por lo general, causa miedo la contemplación de la certidumbre de la muerte; pero en ese día te aseguro que me sen-



pa toda falta pequeña, á juicio del reo, con ese par de palabras latinas que usan los hombres y no dejamos de aplicar las mujeres: «*peccata minuta.*»

Ese día terminó con el sermón de costumbre; en él nos dijo el Padre Director que nosotras éramos la parte escogida de nuestro sexo y que estaba seguro de que con nuestra piedad formábamos un tesoro de virtud de inestimable valor.—A mí me estaba dando vergüenza; porque si bien es cierto que Dios me ha hecho el grande beneficio de no permitir que me arrastre en el fango, también no es menos cierto que no he sido tan piadosa como decía el Padre Director, ni resaltan en mí las virtudes.

Por otra parte mucho me consoló y me animó el sermón, porque el predicador nos dijo que así como el oro y las piedras preciosas, cuando pierden su brillo ó se empañan, necesitan de las manos del artífice para que les vuelva su lustre y brillo, así nosotras, desmejora-

tan dañosas, se empleara en la buena lectura, sería menor el número de los locos en el mundo.

Los conceptos del artículo *Seduciones*, de que te hablo, fueron muy oportu-

refectorio después de la cena, dijo en voz alta: «*Buenas noches; hasta la gloria.*» Y de veras que todas nos acostamos esperando el cielo.

das sin duda á causa de los mil ardides con que seducen los enemigos del alma, estábamos allí en la presencia del Divino Artífice, quien en aquel santo Retiro iba á limpiarnos por completo y á preservarnos del contagio, formando un estuche de su mismo Corazón Sagrado para guardarnos ilesas. Me pareció en estos momentos, mi querida Julia, que sepultada yo en el fondo del Déifico Corazón, no me saldría de allí jamás.... ¡Ojalá que así fuera!

El quinto día fué el ejercicio de la muerte. Ya en este día la devoción y fervor de todas las ejercitantes era general y muy edificante. Los confesonarios estaban rodeados frecuentemente por casi todas las ejercitantes, deseosas de tranquilizar sus conciencias.

Las meditaciones, lo mismo que las lecturas de este día, fueron magníficas. Por lo general, causa miedo la contemplación de la certidumbre de la muerte; pero en ese día te aseguro que me sen-

pa toda falta pequeña, á juicio del reo, con ese par de palabras latinas que usan los hombres y no dejamos de aplicar las mujeres: «*necesse est*»

tí con un valor extraordinario para morir. ¿Qué mejor preparación para la muerte que tan interesante, provechoso y bellissimo Retiro espiritual?

En las meditaciones del juicio, que fueron las que formaron el sexto día, me sentí abatida, temerosa y avergonzada, y más á la hora del sermón, en que el Padre Director, conociendo seguramente á su auditorio, nos requirió en nombre de Dios justiciero, sobre las acciones de nuestra vida que no se hayan conformado á los divinos preceptos. Primero patentizó el predicador la verdad del juicio, y luego, como te digo antes, nos pintó un símil de lo que debía sucedernos en ese terrible instante.

Esa noche se cantó el himno al Sagrado Corazón de Jesús, entre sollozos entrecortados de casi todas las ejercitantes. No fuí al refectorio á la cena, porque me era imposible estar un momento sin llorar. Las lágrimas me causaron

refectorio después de la cena, dijo en voz alta: «*Buenas noches; hasta la gloria.*» Y de veras que todas nos acostamos esperando el cielo.

un gratísimo consuelo, y las aprecié como un bálsamo divino.

El día del infierno llegó por fin. Creí no poder soportar las lecturas y que mi estado de ánimo se agravaría con ellas y con las meditaciones de ese día. Ciertamente sufrí mucho en la mañana antes de la Misa; pero luego que comulgé me sentí robustecida, y comprendí que unida á Jesús, bien sumo é infinito, no podía ser para mí el infierno, lugar de eterna condenación y de desventura sin fin para los que se apartan de Jesús.

La lectura de la «*Esperanza Cristiana*» me reanimó en las distribuciones siguientes, y me hizo gozar mucho la lectura de la vida de Santa Juana Francisca, toda abnegación y virtud, toda pureza, toda amor á Dios y al prójimo.

Pero llegó la lectura de las «*Verdades Eternas*,» que presenta muy al vivo y con una lógica contundente los

pa toda falta pequeña, á juicio del reo, con ese par de palabras latinas que usan los hombres y no dejamos de aplicar las mujeres: *una hora, un minuto*.

suplicios eternos, y me afectó mucho recordar á alguna persona, que me pareció ver que nadaba en un lago de fuego; y también, querida Julia, recordé á aquel pobre señor que durante nuestro viaje en ferrocarril de H. á J., oímos blasfemar tanto aquella lúgubre noche en que, al borde del abismo, nos escapamos de un espantoso descarrilamiento. ¿Te acuerdas que mientras nosotros rezábamos, ese pobre hombre, sin respeto ni temor alguno, se deshacía en denuestos y en injurias á todo lo divino? No sé por qué lo tuve muy presente en este día, y he pedido mucho á Dios por él.

Cuando salí de la distribución de tres y media á cinco de la tarde, me sentía muy impresionada y con una intranquilidad espantosa; pero llegó la hora del sermón y me tranquilicé por completo. Dios ayudó al predicador para tranquilizarnos á todas.

Cuando el Padre Director salió del

refectorio después de la cena, dijo en voz alta: «*Buenas noches; hasta la gloria.*» Y de veras que todas nos acostamos esperando el cielo.

He escrito más que á vuela pluma, por no cansarte demasiado. Por ahora adiós; espera pronto mi última carta.

Tu amiga

ELVIRA.



Te dije que al despedirse el Padre Director, la noche antes del día de gloria, nos citó para el Cielo; pues bien, con esta cita el entusiasmo de las ejercitantes subió de punto, y aún nos entu-